GERARDO DIEGO Y LOS TOROS

SE esperaba hace tiempo la aparición de *La suerte o la muerte* (1). Gerardo Diego ya había publicado poemas sueltos en revistas o folletos. Muchos de estos poemas eran ya populares, como las seguidillas de "Torerillo en Triana", la "Oda a Belmonte", "El espontáneo" o "Pase de la muerte". Labor de años que ahora se concreta en un extenso libro. De aquí en adelante los añadidos solamente dependerán de la paralela aparición de algún torero de éxito, por ejemplo, o de su muerte; sucesos que completarán históricamente lo publicado.

El tema de los toros, tan español, no tiene en nuestra poesía actual partidarios. Desde que terminó la guerra civil, raro es el poeta que toca este tema; no digamos nada si se trata de una posible dedicación afectiva, en la que únicamente Rafael Morales puede inscribirse con sus "Poemas del toro", aunque el tratamiento fuera más táurico que taurino. Las causas de tal alejamiento por parte de los poetas, habría que buscarlas en la desaparición o pasividad de los poetas andaluces durante la década del 40 y su consiguiente tajo en lo que era tradición; las invasiones de cariz muy distinto, como el existencialismo, llegado con retraso a nuestra poesía; los ayes sociales; la preocupación por las cosas de la patria, de la que—es curioso—se cercenó algo tan ligado a nuestro carácter como la fiesta de los toros. Tan ligado no sólo por su objetiva riqueza poética y descriptiva, sino por su enorme poder de atracción: la fiesta de los toros se compone de algo más que su espectáculo; la forman desde la ansiosa familia del torerillo que empieza hasta el ritmo ancho que impone en la vida de la patria. Un fenómeno social, quizá amargo, y despreciado por casi todos los poetas. Inexplicable.

En nuestro siglo, Rubén Darío encabeza poéticamente la preocupación por el tema de los toros. Su "Gesta del coso", muy conocida, es un poema enfocado éticamente: la muerte del toro en la plaza siempre será preferible al yugo del buey que vive para la esclavitud. Antonio Machado no creo que sintiese demasiada cordialidad hacia el tema; en sus versos se refleja un antagonismo muy "del 98", y cuando se refiere al socio de un casino pueblerino de Andalucía, le hace hablar rememorando alguna estocada del matador de toros "Carancha".

En cambio, su hermano Manuel cantó lo taurino tan certeramente—y

(1) Taurus Ediciones, S. A. Madrid, 1963.

tan brevemente, por desgracia—, que puede ser considerado el poeta que, con Gerardo Diego, mejor ha calado en su esencia. La virtud descriptiva del ambiente está maravillosamente expresada en Manuel Machado; su "Fiesta Nacional" ha quedado en las antologías taurinas como la perfecta sincronización entre lector y ambiente; algo fuera de serie por su realismo moderno y casi cinematográfico. Salvador Rueda, Emilio Carrere y Francisco Villaespesa, modernistas como Manuel Machado, reinciden en la cualidad de lo descriptivo. Sin embargo, el adorno pesa, ahoga la naturalidad. Los toros, en ellos, son un pretexto para llover excesivas flores. Y llegamos a la Generación del 27. Vicente Aleixandre también acude a los toros como pretexto, pero de mayor instancia: una corrida de toros celebrada en un pueblo le servirá para aprisionar el mágico latido nuevo de la villa. Federico García Lorca se sirve de lo taurino para expresar lo funeral. El "Llanto", sólido de escenografía, constituye una reiterada presencia de la muerte, la coronación del drama. Y Lorca era, sobre todo, trágico. ¿Y Alberti? El toro, como elemento de fuerza y de poder, está en muchos poemas. "Toro en el mar" es la sonora cuarta parte del libro "Entre el clavel y la espada". Otro prodigio de vertebración es la "Egloga fúnebre", a "tres voces"—. A. Machado, Lorca, M. Hernández—y "un toro" (en "Pleamar"). En cuanto a lo puramente descriptivo, recordemos la conocida "Corrida de toros" de *Cal y canto*. Pero son raros los ingredientes sólo decorativos cuando Alberti se refiere a lo taurino; él carga una intención, como en "Un solo toro para Luis Miguel Dominguín" y sobre todo en "Verte y no verte", elegía por la muerte de Sánchez Mejías. La intención ahora es no ética, sino metafísica. Este es uno de los poemas de Alberti en que existe un deseo de superhumanización... ¡Qué lejanas las "chuflillas" al Niño de la Palma! En Miguel Hernández el toro aparece como símbolo de una poesía de vigor. El toro representa, sencillamente, lo masculino; todos los versos de Hernández son sexuales. Luego, en Rafael Morales, el toro—también símbolo de poder—será visto en su cercado, ajeno a los cosos, libre. De Rubén Darío a Rafael Morales va el cambio de todo un concepto de libertad; en Rubén, el toro libre es el que muere. En Morales, el que se pasea bajo las estrellas.

Y por fin, Gerardo Diego, escribiendo versos de toros desde hace años. No, no es posible hablar de Gerardo Diego como de cualquiera de los poetas anteriores; por su dedicación y su sabiduría es un verdadero técnico, un especialista del tema. Tanto, que hemos de dar un giro metodológico. Lorca, Alberti o Morales son poetas que escriben sobre toros; Gerardo Diego, al escribir, es como un torero que versificara. Sólo así se nos mostrará concorde, inteligible, el libro *La suerte o la muerte*.

Y como exacto taurófilo, como exigente torero vigente o retirado, hay que considerar a Gerardo Diego si queremos explicarnos sus preferencias. Nos hallamos en terrenos de iniciados. Gerardo quiere al toreo "por su cauce". En la "Égloga de Antonio Bienvenida" están, fraternalmente, los nombres elegidos: Antonio, Rafael, José, Juan, Pepe Luis y Antonio. ¿Quiénes son? Cualquier aficionado completará los nombres: Antonio Fuentes, Rafael el "Gallo", Joselito, Juan Belmonte, Pepe Luis Vázquez, Antonio Bienvenida. Y con éstos, "tres o cuatro más"... Los que sean; ni los nombra. Gerardo Diego conoce todos los recovecos y secretos de los

toros; su lenguaje es, por consiguiente, técnico, adaptado a las necesidades de lo taurino, aunque a veces tenga que descoyuntar el verso.

"Prez cordobesa o sevillano ángel", tales son los solos naipes que en los toros juega Gerardo Diego, según confesión propia. La prez cordobesa, sí, pero más el sevillano ángel. Qué torero de Sevilla que escribiera versos, este Gerardo Diego deslumbrándose, quizá en exceso, con los juegos verbales. Describe el pase natural:

Que naturaleza rija
el pulso y que la sortija
de la muerte se acompase.

De frente, que el toro elija
y dibuje, cierre, exija
base, pase, clase, frase.

El libro es rico, como lo es el toreo. Hay un poema, "Loa a la diversidad del toreo", que nos retrata muy felizmente a un Gerardo variado, multicolor y jugador con ventaja... Para él, la diversidad es la *verdad*. Y así, todo el bello conjunto taurino sale, igual que de un sombrero de copa, llamado por una eficaz varita mágica:

Canto las capas, los pelos,
los colores y caprichos,
las herencias y los celos
y remiendos de los bichos.

Las cien especies de toros y suerte, la entera riqueza de la fiesta surge. No es Gerardo Diego torero seco y no puede escribir secamente. La terminología empleada es jugosa, concreta en su referencia táurica. Tiene el libro precisión de faena seria, pero tornasolada de sorpresas y desplantes:

Y los desplantes felices
de arrebato y de salero.

Esa era la palabra: salero. Gracia, nervio de toreo y poesía. Nervio que incluso respinga y que termina atemperado. Poesía que gustará más o menos a los poetas (depende de sus gustos), y que atrae a los lectores claros. Porque el libro es como una gran faena realizada en los medios y rematada al volapié. La ontología del toreo (en qué consiste su ser, cómo se vierte); su historia (desde Fuentes a Andrés Vázquez); su geografía (el preferido origen andaluz); su crítica (condena de la heterodoxia), he aquí el contenido de *La suerte o la muerte*, y no era fácil exponerlo.

Miremos, pues, el libro como la obra de un torero *metido* a poeta. Así se nos mostrará más hermoso, más lógico. Y no olvidemos que, como buen torero, se arriesga. Eso sí, se arriesga adornándose con gracia, cogiéndole el pitón a la mismísima muerte.

MANUEL MANTERO.